

amen, para que asistamos á nuestro prójimo en nuestras necesidades corporales y espirituales, haciéndoles participante de nuestros bienes y de nuestras comodidades.

En esta distribución que Dios hace de sus dones, y en la que nosotros debemos hacer de los que recibimos, se ve clara la pobreza extrema y universal, hasta de los mas ricos, necesitados de todo y dependientes siempre de Dios, cuyo es el dominio de los bienes que poseen y el derecho de prescribirles su uso. ¿Quién se atreverá á malgastar el dinero ajeno, sabiendo que se le ha de pedir cuenta de él á fin del mes ó del año? ¿Oh, cuán pocos usarian mal del caudal, del tiempo y de los demás dones naturales, si considerasen que estos son bienes de otro señor, á cuya voluntad está sujeta la distribución que deben hacer de ellos sus mayordomos! Mucho se pedirá á quien mucho habrá recibido, y si del Señor hemos recibido cuanto poseemos, bien debemos creer que todo se nos pedirá. Cuentas estrechas tenemos que dar del empleo de las potencias de nuestra alma y de los sentidos de nuestro cuerpo: cuentas estrechísimas hemos de dar de los bienes de fortuna, de los de naturaleza y de los de gracia, de nuestro crédito y autoridad, y las hemos de dar á aquel que es el único Señor de ellos y de nosotros, el que residenciándonos y pesándonos en la balanza de su justicia, observará con rigidez si los hemos distribuido conforme á su voluntad: ¿qué responderá entonces la iniquidad á la santidad ofendida? Ahora damos oídos á la vanidad; ¿cómo vendrá en que hable la verdad y nos diga: ¿Qué es esto que veo en tí? Lo que te di para socorro de tu necesidad lo has convertido en fomento de tus deleites: los bienes sobrantes que por tu mano envié á los pobres, los detuviste con avaricia. ¿Qué has hecho de la salud, del ingenio, del poder y de la autoridad? ¿Y qué has hecho en fin de la enfermedad, de la pobreza, de la persecucion y de los otros trabajos con que procuré hacerte rico en virtud? De todo esto te hice mayordomo y tú te alzaste con ello; dame ahora cuenta de este caudal, y de la ganancia ó pérdida que has tenido. Esta rendición de cuentas será universal, justa y exacta, y así nada se ocultará al conocimiento de Dios. Será indispensable darle cuenta hasta de las palabras, pensamientos y deseos. ¿Qué rigor!

Bien pronto conoció el mayordomo la desgacia que le amenazaba, y tratando de mirar por sus intereses dijo á sí mismo: ¿Qué haré, que mi señor me quita la mayordomía? Apretado es el lance y urgentísima mi necesidad. Yo ya no tengo fuerzas para trabajar, y me costará mucha vergüenza hacerme mendigo. Ya sé lo que haré y á lo que conviene resolverme, para que apartado de mi empleo no me falten personas dispuestas á recibirme en sus casas. ¿Qué es el dissipador de los bienes de Dios, sino un pobre soberbio que no tiene de suyo mas recurso que la desesperacion y la muerte? Hállase flaco para lo bueno, no ve en sí atractivo ni facilidad para orar, ni resolucion y deseo de abrazar la penitencia; sin embargo, pocos ó ningunos son los que se dicen á sí mismos: ¿Qué he hecho yo? ¿Qué haré cuando me sea preciso comparecer delante de Dios? ¿Están bien arregladas mis cuentas? ¿Están bien dispuestos mis intereses? ¿Hállome por ventura en disposicion de presentarme ante el tribunal de la divina Justicia? Y si no lo estoy, ¿por qué no debo prepararme y ajustar ahora cuentas conmigo mismo para darlas después á Dios? La vida presente tiene el ejercicio de los mandamientos, dice san Crisóstomo; la futura tendrá el consuelo de haberlos practicado. Si nada obraste aquí, en vano esperas premio ni recompensa para lo futuro; por esto dijo el mayordomo: Sé lo que haré: minoraré y perdonaré las deudas á los deudores de mi señor, y les repartiré de sus propias riquezas, para que cuando yo sea arrojado de mi empleo me reciban en sus casas. Así como no podemos imitar la prodigalidad de este mayordomo, así tampoco podemos seguir ni aprobar el dolo con que minoró las deudas á los acreedores de su señor.

¿Cuánto debes tú á mi amo? preguntó al primero. Cien medidas de aceite, respondió el deudor. Pues toma, prosiguió el mayordomo; ve ahí tu obligacion, rásgala luego, asíentate y escribe de tu mano otro vale que no contenga sino cincuenta medidas, y las otras serán para tí. Un segundo deudor sucedió á este primero, y debiendo al amo cien fanegas de trigo, rasgó su obligacion y solo le impuso el deber de pagar ochenta. Mas este apuro en que se vió por su culpa el mayordomo, debe servirnos de escarmiento para tomar con tiempo las medidas oportunas y precavernos de la ira para el día de la

última residencia, porque vendrá, y nadie sabrá cuándo. Vendrá la noche, dice san Juan, cuando nadie puede obrar [1]. Temiendo esto mismo, decía David: Dime, Señor, el corto número de mis días, y no me llames á residencia en la mitad de ellos [2]. De toda esta doctrina formó san Pablo como un epílogo ó compendio, y lo reasumió en algunas de sus cartas. Escribiendo á los de Corinto, les decía [3]: Es necesario que todos nosotros seamos manifestados ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba segun lo que ha hecho, ó bueno ó malo. Y á Timoteo le añadía: Los que quieren hacerse ricos, caen en la tentacion y en el lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles y perniciosos que anegan á los hombres en muerte y en perdicion. A los ricos de este siglo mándales que no sean altivos ni esperen en la incertidumbre de las riquezas, sino en Dios vivo, que nos da abundantemente todas las cosas para nuestro uso; que hagan bien y que se hagan ricos en buenas obras [4].

Informado el amo de la conducta de su mayordomo, no pudo dejar de alabar la industria de un hombre, que con una maña mas prudente que justa se preparaba el remedio para el tiempo en que la administracion se la quitase. No aprobó el mal, sino la industria con que procuró su seguridad. Así no nos propone por modelo su deslealtad, sino su prudencia, en la cual añade que se aventajan para sus negocios los hijos del siglo, esto es, los hombres ocupados en los intereses de la vida presente, y se aplican mas y son mas diestros en conservarlos que los hijos de la luz para los intereses del cielo, en donde no ignoran que durante esta vida deben prepararse una morada para toda la eternidad. Mas se esfuerzan y desvelan un avaro, un ambicioso ó un voluptuoso para llegar á los fines vilísimos de su pasion, que cualquiera cristiano para salvarse. De todo se aprovecha el malvado, todo lo allana, todo lo atropella, y no repara en medios injustos ni en proyectos temerarios. El capricho ó el desenfreno hace útil lo inútil, fuerte lo flaco, y convierte á todo el hombre en instrumento de su propia ruina. ¿Qué hay semejante á esto

[1] Joan. cap. 9, v. 4.

[2] Ps. 101, v. 4.

[3] Div. Paul. Ep. 2.ª ad Corinth. cap. 5, v. 10.

[4] Id. Ep. 1.ª ad Timoth. cap. 6, vs. 9 et 17.

en los tibios que sirven á Dios? La luz les falta, la penitencia los cansa, la continuacion los fastidia, la voluntad enflaquece; por donde viene á suceder que los hijos de la luz, andando el tiempo, vienen á ser hijos de tinieblas y de enojo por su propia tibieza, pagando en la muerte el abuso de la fe que hicieron en su vida.

Yo soy el que os digo, concluye el Señor: Imitad estos últimos rasgos de prudencia del mayordomo, si os le habeis parecido en sus primeras injusticias; y si acaso en la administracion de los caudales públicos, profesion tan peligrosa como lucrativa y buscada, ó en el comercio, en que la ganancia que se espera es muy comun que se adelante con el fraude, os hubiéreis enriquecido á expensas de vuestros hermanos, sin saber quiénes son los perjudicados, como suele suceder entre los publicanos y negociantes, despojos de esas riquezas de iniquidad; haced que pasen á las manos de los pobres para que cuando seais llamados á juicio de Dios, los santos que hubiéreis alimentado y aliviado sobre la tierra, os reciban en los tabernáculos eternos, donde ellos hubieren tomado asiento antes que vosotros. Pero aun es preciso advertir bien para la perfecta inteligencia de esta doctrina y para cerrar la boca á la maledicencia criminal de los injustos detractores del Evangelio, lo que inmediatamente después les añadió Jesús:

El que es fiel en las cosas pequeñas y de poca monta, tambien lo será en las mayores; y el que es infiel é injusto en lo poco, lo será igualmente en lo mucho. Pues si en las falsas riquezas no habeis sido fieles, ¿quién os confiará las verdaderas? Y si en lo ageno, en lo que no es vuestro, fuisteis infieles, ¿quién os dará lo que es vuestro? Causa espanto el ver la serenidad con que los hombres del mundo viven en medio de las turbulencias de la vida, que así como las olas del proceloso mar baten la navicilla de la vida humana, y de las incomodidades, fatigas y trabajos á que se exponen y sufren los mortales para enriquecerse. Todo les parece poco, suave y llevadero, á trueque de aumentar sus tesoros, caudales y fortuna, sin perdonar ningun medio ni recurso, sin omitir la vil adulacion, la falsedad y el artificio, y sacrificando las mas de las veces la justicia, la virtud y la verdad, al soborno, á la injusticia y á la perfidia, para atesorar como este mayordomo, y asegurar al menos su subsis-

tencia y fortuna por medios opuestos á todas las leyes divinas y humanas. De aquí es que viendo los implacables enemigos del Evangelio que Jesucristo dijo á las turbas que se granjeasen amigos, atrayéndoles con beneficios, ganándolos con limosnas hechas de los bienes inicuos, para que después de su fallecimiento fuesen recibidos en los tabernáculos eternos, se han escandalizado de esta máxima, á su parecer tan opuesta á la razon, á la equidad y á todo derecho. Pero estos presumidos sabios se han equivocado en la inteligencia de aquella máxima del Salvador, interpretáronla siniestramente, y aun tuvieron la debilidad de presentarla al público con la mayor inexactitud, y muy contraria al sentido de su original. Haced limosna, dice el Señor, no de las riquezas y bienes injustamente adquiridos, sino de la *riqueza de iniquidad*; con cuya expresion significó claramente las riquezas vanas, aunque por otra parte legítimas y habidas con derecho; los bienes falsos, perecederos y temporales, los cuales se representan comunmente en la Escritura santa, como opuestos á las celestiales, y á las verdaderas y eternas riquezas; esta es la energía de las expresiones que en esta ocasion dirigia Jesucristo á los fariseos: Habiendo vosotros abusado indignamente de las riquezas terrenas y empleándolas tan mal, ¿cómo esperais que os confie Dios los bienes espirituales? Si habeis convertido en fomento de vuestra avaricia y de todos los vicios estas riquezas falsas y caducas, ¿os entregará el Señor el conocimiento de las cosas celestiales, la doctrina evangélica, los misterios y dogmas de la religion, la vocacion al cristianismo y la predestinacion á la gloria, que son las verdaderas riquezas y bienes infinitamente mas preciosos que todos los del mundo?

He aquí el sentido verdadero y literal de aquella sentencia de Jesucristo, acomodada en todo al carácter y genio de la lengua santa. *Riqueza de la iniquidad* es una alocucion hecha comun á los idiomas orientales, al caldeo, siríaco y árabe, *mammona*, segun leian los sirios, y *matmon* en hebreo está tomado de la raíz *ocultad, esconded*, y tiene en aquellas lenguas una significacion tan extendida, como *tesoro*; y se toma por el oro, plata y otros metales; por los frutos de la tierra, heredades, bienes muebles y raices, y en fin, por todo lo que se comprende en la voz riqueza ó bienes. Esta palabra *mam-*

mona, representa indistintamente la idea de injusticia y de iniquidad, de falsedad, de vanidad ó apariencia, y así se usa en muchos pasajes del antiguo Testamento y del nuevo, para denotar riquezas vanas, frágiles y caducas. Tambien las riquezas terrenas justa y legítimamente adquiridas, se designan en el Evangelio con el dictado de riquezas inicuas, porque comunmente inducen á pesar y hacen á sus poseedores insensibles, soberbios, avaros, afeminados, negligentes y descuidados en el importante negocio de su salvacion; de todo lo que resulta que los filósofos mundanos carecen de noticias exactas para la clara inteligencia, explicacion y aplicacion de las máximas y palabras del Evangelio con los principios de la sana y santa moral. Resulta tambien que toda la doctrina de este pasaje, gira sobre la máxima de la generosidad y beneficencia reciproca de los hombres; sobre el gran precepto afirmativo del amor fraternal, y el negativo de no desear ni hacer mal á nadie, ni en su honor, ni en su persona, ni en sus bienes y propiedades. Nadie puede ignorar cuán sagrado es, segun el legislador de los judios, el derecho de propiedad, y el rigor con que se procedia contra los que robaban á sus hermanos ó los defraudaban en sus bienes; injusticia que solo se reparaba entonces, como ahora, por la restitution ó la completa indemnizacion. En otro lugar tendremos ocasion de ver lo que esta prescribia.

Con estas doctrinas tan justas, equitativas y santas, parece que Jesucristo queria decir á sus discipulos, á las turbas que le seguian, y mas particularmente á los escribas y fariseos: Yo os hablo de la justicia que debeis observar en adquirir los bienes de la tierra, del desapego que conviene conservar en el uso de ellos, de la necesidad de desprenderse de los mal adquiridos, y de la obligacion de repartirlos á los pobres, si no se pueden entregar á aquellos á quienes pertenecen. Esta no es nueva ley; vosotros despreciáis la antigua y yo la establezco de nuevo; y añade: Que de los bienes que legítimamente os debieren pertenecer, estais obligados á dar parte á los que tienen necesidad, y cualquiera que se dispensase de este precepto será eternamente condenado. ¿Direis acaso que tambien en esto soy contrario á Moisés y á los profetas? ¿Pues qué, la ley toda entera no habia prometido de parte de Dios los bienes temporales.

con la condicion de ser desde luego equitativos con vuestros hermanos y mas caritativos para con los pobres? Escuchad sobre esto la parábola que os voy á proponer; ella encierra lo que conviene creer y practicar bajo el Evangelio, y no hallareis que en cosa alguna se aparte de lo que debéis de creer y practicar bajo la ley.

Un hombre rico vivia en medio de vuestro pueblo; se vestia de púrpura y holanda fina, se le servia á la mesa todos los dias con esplendidez y magnificencia; este es un retrato de los ciudadanos de Babilonia, esto es, de los amadores del mundo que viven pegados á los bienes terrenos, descuidados del amor de Dios, olvidadizos é ingratos á sus dones enteramente apartados del espíritu de mortificacion y penitencia. No es culpa la riqueza dada por Dios, lo es sí el fomentar con ella el orgullo y el deleite. Los bienes los da Dios, para que tomando de ellos lo que exige la necesidad y una decencia bien entendida, repartamos lo sobrante á los pobres segun las leyes y los fines de la Providencia. Dios es el Señor de todos los bienes; al hombre no es mas que depositario y administrador de ellos; á Dios se roban sus fueros si de este depósito usamos contra su intencion. No es malo vestir grana y holanda y usar otras ropas y muebles preciosos cuando esto lo pide el estado, el tiempo ó alguna otra causa justa. Mas gastar en esto sin necesidad, por pura vanidad ó por otros fines torcidos, es ser el rico ladrón del pobre. Porque del pobre es todo lo que mirando con cordura y juicio, segun Dios, no le hace falta al rico para su verdadera decencia. Por esta medida se medirán todos esos gastos locos y excesivos con los que pudieran mantenerse muchos años casas enteras de pobres, los que en manera alguna serán admitidos como justos en el tribunal de Dios. Y estos son los originales representados en el rico del presente Evangelio, el que no era sino una verdadera copia del de los fariseos. Avaros y carnales despreciaban á Jesucristo y sus doctrinas, sin excusarse de decir en público que aconsejaba y mandaba cosas enteramente contrarias á la ley y los profetas, puesto que personas muy ricas habian sido muy gratas y aceptas á Dios y á los observadores de la ley, y se les prometian en ella bienes temporales: sin atender que como aquella se habian dado para hombres carnales, se les ofrecian cosas menores; y como el Evangelio se da

ba para personas que habian de renunciar la carne y vivir con arreglo á las leyes del espíritu, se les prometian cosas mayores, por cuya razon era la diferencia igual entre las promesas hechas á los observadores de la ley y del Evangelio, así como eran tambien igualmente distantes los preceptos que la una y en el otro se les imponian. En la ley se habia dicho: *Si me amáreis y me oyéreis, comereis los bienes de la tierra.* Y en el Evangelio se dice: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.* En la mala inteligencia pues del primer ofrecimiento, estribaba la aberracion de los fariseos, porque la ley no prometia los bienes temporales como el premio principal por el acto de virtud que se practicaba, sino que los prometia para que se sobreentendiesen en su ofrecimiento los bienes espirituales y eternos, que eran los principalmente designados en aquellos.

Cada dia tenia el rico, dice el Evangelio, un espléndido banquete. La buena mesa concilia la admiracion y la alabanza del mundo; pero en muchas ocasiones se evita tambien la indignacion y la venganza de los pueblos cuando estos llegan á comprender que lo que se gasta superfluamente en los banquetes dando á comer á los que no lo necesitan, es el resultado del robo que se ha hecho del fruto de sus sudores y trabajos. No son dignos de cristianos los convites donde no resplandece la caridad, sino la delicadeza de los manjares y la finura, el arte, el gusto exquisito y todo lo que regala la carne y atiza sus fuegos. Detéstanse los grandes vicios que nacen de estas mesas, y sin embargo, el que las da es respetado como un bienhechor de la sociedad. Esta inconsecuencia ni siquiera la advierte el mundo; la religion la conoce, la detesta y la condena, y nos sugiere los medios llanos y fáciles de precaverla. Dios, para quien nada está oculto, conoce bien el corazon del hombre y descubre toda la iniquidad que en él se encierra; por esto, con esta parábola condenaba en público aquella de que estaba lleno el corazon de los fariseos, y así es como nota san Gregorio [1], que no da á conocer el rico á quien se refiere, por su propio nombre, como expresa

[1] Div. Gregor. Hom. in Evangel.

el de Lázaro mendigo que pedia á su puerta. Al rico un pobre, como contraponiendo el uno al otro; el rico, temporalmente es más que el pobre, y este espiritualmente es más que el rico; por cuya razón decia san Crisóstomo [1]: Mientras el rico sustenta al pobre, es también sustentado por el pobre mismo. Hácese mención del nombre del pobre porque era conocido y aprobado por Dios; así es, que á los pobres se dice: *Gozaos y alegraos, porque vuestros nombres están escritos en los cielos.* Lázaro, pobre y humilde, es digno de ser nombrado en el Evangelio, pero al rico no le cabe este honor. Los nombres de los pobres que sirven á Dios con humildad y paciencia están escritos en el libro de su reino; los de los ricos que á los pobres insultan y desprecian, y usan mal de sus riquezas, están consignados en el libro del diablo. ¡Qué grande es la diferencia que hay entre las leyes profanas del mundo y la ley benignísima de Dios! Los ricos son célebres en el mundo por sus nombres; los de los pobres están ocultos, y en el mundo no son conocidos; por esto en el Evangelio se calla el nombre del rico y se expresa el del pobre.

Disposicion es de Dios que apenas halla un rico en el mundo que tenga á sus puertas un Lázaro. Con la vista de la miseria ajena quiere Dios ablandar las entrañas de bronce del rico orgulloso y soberbio. Si comparase el lujo de su casa con la escasez de aquella pobre familia que vive junto á ella, no podria menos de advertir el horrible contraste que forma á los ojos de Dios la multitud y delicadeza de sus vestidos con la desnudez de los pobres; su hartura con la hambre de los miserables, y su regalo con la necesidad de los mendigos. No es extraño que con este motivo exclame el Crisóstomo al contemplar la dureza del rico y la miseria de Lázaro, y diga: ¡Oh, tú, el mas miserable de los hombres, por mas dichoso que presumas ser, porque entrando y saliendo por la puerta de tu casa viendo al infeliz Lázaro tendido en ella lleno de llagas, cubierto de andrajos y muerto de hambre, no contemplas en él la muerte que te espera y te mueves á compasion! Si no consideras los pre-

[1] Div. Crisostom. Hom. de Divite.

ceptos de Dios, ni temes sus amenazas, compadécete al menos de tí mismo contemplando tu condicion mortal, y teme no te veas bien pronto en igual caso por un juicio terrible del Altísimo. Para Lázaro hubiera sido un gran bien y un consuelo muy singular poderse mantener de las migajas que caian de la mesa del rico regalado; pero en la casa de los hombres sin compasion ni piedad, presto aprenden los criados la dureza de sus amos. Los mismos sirvientes despreciaban al pobre Lázaro, y ninguno pensaba en darle ninguna cosa de las sobras mas despreciables. Todas se echaban á los perros que iban después á lamer sus llagas. Conociendo el pobre la dureza del rico, se contentaba con desear las sobras de su mesa, y con todo no se atrevia á pedirselas. Clama al cielo el hambre de los pobres contra el olvido de los que pudieran matarla. El deseo de Lázaro se limitaba á socorrer mezquinamente su necesidad; el rico no tenia mas que el de aumentar su tesoro. Infuctuoso es casi siempre el deseo del pobre, porque es siempre insaciable la avaricia del rico. No hay desdicha ni pobreza mayor que la del avaro; los desperdicios y desechos que le sobran, después de regalada su carne y satisfecha su vanidad, todavia le hacen falta para satisfacer su codicia. Mas piadoso es con sus vicios, que con la ajena miseria. ¡Qué mayor prueba de que el avaro es el enemigo público de la sociedad? Triste es á los ojos del mundo la condicion del padre; uno le despoja, otro le persigue, otro le insulta, los mas le desprecian; ¡qué seria del pobre si no le consolase la esperanza del premio eterno, que al buen uso de la pobreza tiene Dios prometido?

Clamaba al cielo, no la voz de Lázaro, sino el hambre que le salia al rostro; mas aun este grito de la necesidad era poco para despertar al avaro y arrancar su corazon de las gavetas donde estaba encerrado y preso. Llagó Dios el cuerpo de Lázaro para abrir el corazon del rico por las averturas de las llagas, pero todo fué en vano. El fin desventurado del rico perverso acredita que atesoró para el suelo y no para el cielo. Las fieras fueron mas humanas para el pobre que su propio amo. Engordaba este sus perros y negaba las sobras de su mesa al mendigo. ¡Ah, que parece que la es-

cena que se representaba en la casa de aquel rico se ha trasladado á las de muchos de nuestros días! ¿En cuántas suenan por dentro los ladridos de los perros, y se oyen por fuera desatendidos los clamores de los pobres hambrientos? Muy bien y con grande oportunidad dijo el Crisóstomo, que los perros y los caballos han de ser en el tribunal de Dios fiscales y acusadores de muchos ricos. Ni Lázaro podía arrojar de sí los perros, ni tampoco había un portero ó cuidador que los alejase; de modo, que aunque le hubiesen mordido, nadie hubiera cuidado de defenderle.

Llevó Lázaro con paciencia sus trabajos y murió luego. Su alma llevada por los ángeles al seno de Abraham, fué recibida entre los buenos y piadosos israelitas en el lugar del descanso y esperanza dulce de una felicidad consumada. Tan cierto es que la felicidad del hombre no puede medirse por lo que pasa en la vida presente. Debe esperar un poco. La muerte dirá bien presto quién es el desdichado y quién el dichoso. Despegados los pobres de los bienes terrenos, tienen el corazón mas lejano del mundo y mas dispuesto á unirse con aquel que con su muerte venció al mundo. Murió Lázaro, y de mendigo se hizo rico. No bastaba un ángel para llevar á un pobre, por esto fueron enviados muchos para que formasen un coro de alegría. Cada uno de los ángeles se alegra de tocar una carga tan santa; con gusto la llevan porque reciben un gran gozo al llevar los hombres al cielo. Murió tambien el rico y el infierno fué su sepultura. Condenado á no salir de allí jamás y padeciendo todo el rigor de los suplicios eternos, levantó los ojos y alcanzó á ver á lo lejos á su padre Abraham, en cuyo seno descansaba Lázaro. Este pasar desde la cama blanda y desde la opulencia del obsequio del mundo al fuego eterno, al gemir inconsolable en lo sumo de la miseria y de la ignominia, y no para un día ni para un año, sino para siempre; es cosa que solo imaginada estremece al corazón mas fuerte; ¿qué será verlo uno en sí mismo? ¿Qué es de nuestra fe si no precavemos este trago amargo ahora que podemos borrar nuestras culpas con la penitencia y redimir las con la limosna? Este rico, como parroquiano del diablo, fué llevado al cementerio del infierno por los propios demonios, y allí fué sepultado sin

preces, sin incienso, sin agua bendita, á la manera que son sepultados en la tierra los animales irracionales, segun el dicho de Jeremías [1], el que hablando de los réprobos dice: *Serán sepultados con el funeral de los borricos*. Desuellanse después de muertos, su piel se entrega á su dueño, sus carnes son comidas de los perros, de las aves de la rapaña y de las fieras, y sus huesos son entregados á las lluvias, á los granizos, y á los rayos abrasadores del sol para que sean consumidos. Así tambien cuando muere un malvado, sus herederos poseen sus bienes, los gusanos consumen sus carnes y los suplicios infernales atormentan su alma, que siendo inmortal puede en cierto modo estar representada en los huesos que son de difícil consuncion.

El tormento abrió los ojos que antes habian estado cerrados por la culpa. Mas tarde levanta los ojos á lo alto, dice el Crisólogo [2], el que siempre los tuvo clavados en el suelo. Esos ojos tuyos, oh rico, son tus acusadores. ¿Ahora miras el premio debido á la virtud? Por qué no lo miraste cuando podias aspirar á él? Ahora irritan al Juez esos mismos ojos con que debieras haberlo aplacado. Los abrió, pero fué para mayor tormento tuyo. Fijólos en Abraham, de quien era hijo, y le habia sido compañero en las riquezas, pero no en la caridad; por esto fueron sus ojos fiscales de su dureza, delatores de su impiedad, testigos de su crueldad, y vió en su seno al mendigo á quien habia despreciado. Aunque el lugar que se llamaba seno de Abraham fuese un lugar muy apartado del infierno, no era con todo un lugar de tinieblas, sino de luz, por la esperanza de la futura claridad que habian de gozar los que allí estaban detenidos. No se sentia allí ni padecian los que en aquel lugar se hallaban, alguna pena material y en él habian de descansar hasta el descendimiento de Jesucristo á los infernos: en razon de esta tranquilidad, y como descanso que allí gozaban, llamábase seno, así como en el seno del mar no se experimentan las tempestuosas inquietudes que se fraguan en su superficie por la furiosa agitacion de los vientos; y se apellidaba de Abraham, porque él fué el padre primero de los cre-

[1] Hierem. cap. 22.

[2] Div. Petrus Crisolog. Serm. 122.

yentes, y el que primero predicó públicamente la fe de un Dios. A este lugar llamó Job lugar de tinieblas, respecto á la vision divina, porque tinieblas son las que allí habia, comparadas con la luz del Cordero que ilumina los espacios eternos de la gloria.

La vista de Abraham y de Lázaro acrecieron sobremanera las penas del malaventurado rico, el que empezó á clamar: Abraham, padre mio, tened piedad de mí; envidi á Lázaro en mi socorro. Que moje la extremidad de su dedo en el agua y venga á refrigerar mi lengua, pues padezco cruelmente en esta llama. Este clamor denota la vehemencia de los tormentos. En vano clamarán allá los que desecharon los temores de acá. ¿Burlaste aquí con tu desprecio la voz del Señor? Vana será la tuya en el infierno. Ya no hay perdon para el que llega á caer en manos de la eterna justicia. ¿Cómo tendrás ánimo para llamar Padre al que desprecias ahora en sus pobres? En vano pides la misericordia que te negaste tú mismo negándola al pobre. Ahora te confiesas miserable. ¿Qué se han hecho las riquezas en que pusiste tu confianza? No serás libre de la eterna desdicha, pues quisiste aumentar la momentánea felicidad lanzando tus entrañas á la agena indigencia. Ahora echas tú mismo de ver, que desoyendo los suspiros de Lázaro cerraste los oidos de tu Padre para que no oyese los tuyos. No esperes, oh rico, que envíe Abraham al lugar de tu tormento al pobre que no quisiste alimentar con las migajas de tu mesa. Rico, ¿y pides esa gota de agua? Esa es la que te hace cruel; esa es la que negada por tí secó el paladar de Lázaro, porque para el refrigerio de ese pobre bastaba una gota de agua y una migaja de pan que sobraba de tu mesa. No tuvieras ahora sed si hubieras dado al sediento esa sola gota que pides. Acusador es de tu humanidad ese solo mendrugo del que pende el alimento y la vida del pobre. Sobre lo que dice san Basilio [1]: Huyamos cuanto podamos las delicias del mundo y la abundancia de comidas, no sea cosa que atormentados en las llamas busquemos una gota de agua y ningun consuelo consigamos. Parece que este rico estuvo lleno de vicios; en su cora-

[1] Div. Basilius de Laudibus jejunii.

zon habitaba la avaricia, no porque tenia riquezas, sino porque las retenia avaramente y las expendia de mil ilícitas maneras. En él abundó la vanagloria, lo que se conoce en la preciosidad de los vestidos que usaba. Ni tampoco le faltó la gula, pues comia diariamente con esplendidez. Y sobre todo, se acreditó de falto de caridad y misericordia, pues no la tuvo con Lázaro, liagado y mendigo.

A su clamor no podia menos de responderle Abraham: *Acuérdate, hijo, que recibiste los bienes de tu vida, y Lázaro no tuvo sino males.* Hijo le llama para que conozca la bondad del Padre que perdió, y la justicia con que es por él castigado. Gran desdicha es que recibiendo el hombre de Dios bien por mal, le vuelva mal por bien. A Dios retorna los bienes temporales el que usa bien de ellos, distribuyéndolos con prudencia cristiana, segun las leyes de la caridad y de la justicia. Señal suele ser de condenacion la prosperidad temporal en los malos. Patrimonio son de los réprobos las riquezas atesoradas con ansia, amadas con apego y gastadas en lo que fomenta los vicios. Lázaro recibió males en la vida, porque esta es la herencia de los escogidos. Para los pobres reservó Dios la pobreza, la enfermedad, la deshonra: dichoso pues el que con paciencia sabe sufrirlos todos. Trocáronse las suertes y se vió que era muy distinto el premio que se daba á la calamidad temporal sufrida con paciencia, del que recaia sobre el corazón que habia poseído con apego los bienes temporales. Oigan esto, dice san Agustín [1], todos aquellos terrenos y miserables á quien ahora cegó el polvo de la tierra, porque si no tendrán que oirlo después en medio de la tortura atroz que sufrirá su entendimiento. Oigan estas cosas los ricos que no quieren ser misericordiosos; oigan las penas y los suplicios con que cargan en el infierno los que en la tierra no quieren dar socorros al pobre. Oigan á este cuando se goza, oigan á aquel cuando sufre entre abrasadoras llamas tormentos indecibles. Compárense unas cosas con otras; por las riquezas se dan tormentos, por la pobreza se dan consuelos, por la púrpura se dan las lla-

[1] Div. August. Serm. 23.

mas, por la desnudez el vestido de la gloria; las penas que se reciben son en todo proporcionadas á los goces que tuvieron.

No solo se excusó Abraham por no enviar á Lázaro al rico, diciéndole que se acordase que habia recibido los bienes en su vida y aquel los males, sino que le añadió: Además de esto, hay entre vosotros y nosotros un caos grandísimo, una sima espantosa y formidable. En verdad que esta sima es inaccesible, porque las puertas de la misericordia están cerradas para siempre al que está condenado á vivir á la parte de mas allá. Y esta sima es insuperable, porque es inmutable la sentencia: ya no hay tiempo ni lugar para el mérito, ni esperanza de que vaya el corazon al centro para que fué criado. Si quieres pues, oh hombre, reinar con Cristo, elige la pobreza con él mismo, y descansarás con Lázaro el mendigo. Nadie puede alegrarse con el siglo y reinar con el Señor. El que quiere gloriarse con el rico, prepárese para padecer después entre las llamas del infierno, y para sufrir por un gozo momentáneo un incendio perpetuo.

Desesperado el rico de alcanzar para sí el consuelo que necesitaba, lo pidió á Abraham para cinco hermanos que tenia, diciéndole: Ruégote pues, padre, que le envíes á la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, y deseo se les haga saber lo mucho que aquí padezco, no sea acaso vengan tambien á este lugar de tormentos y sean castigados como yo por la dureza de sus corazones, y sus padecimientos vengan á aumentar los míos. No deseaba el bien de sus hermanos por caridad, ni aun por el amor natural que nace del deudo, sino por evitar el nuevo tormento que le resultaria de verse acompañado en el fuego infernal por los que fueron imitadores de sus vicios y herederos de la riqueza con que los fomentaban. Mal presume alcanzar penitencia para los otros el que tan cruel fué para sí mismo. ¿Y qué mella hará en tus hermanos con sus palabras el que con sus lagas no te ablandó á tí? Á Moisés tienen y á los profetas, le dijo Abraham; óiganlos si quieren. Pero si despreciaron los documentos celestiales dados por los profetas de parte de Dios, si desestimaron las maravillas que obró por Moisés, ¿qué caso habian de hacer de un pobre andrajoso y llagado? Al rico se le

echó en cara haber despreciado á Moisés y á los profetas; ¿qué esperas tú después de haber despreciado á Cristo y á sus apóstoles? Ni bastó esta repulsa para acallar los remordimientos y los gritos de desesperacion del rico condenado; y así volvió á instarle diciendo: No, padre Abraham; si alguno de los muertos fuere á ellos, harán penitencia. De esta manera discurren los impíos en aquel lugar de penas después de haberse burlado en la tierra de la credulidad de los fieles; pero Abraham, que no pensaba de la misma manera que el mal rico, le respondió por última vez, le desengañó y dijo: No, el socorro que pides para tus hermanos no les aprovechará, pues los que no creen ni á Moisés ni á los profetas, tampoco darian crédito á un hombre que resucitase y volviese otra vez al mundo. Como este rico son todos los impenitentes. Párecelos que se volverían á Dios si les diese un aviso extraordinario, y entre tanto desprecian la ley que tienen á la vista. ¿Qué caso harías de un condenado, si no temes al que le condenó? ¿Qué importa que no veas el infierno si tienes fe de la divina Justicia? ¿Cómo finges ignorar lo que la religion te enseña? Si no crees al que bajó del cielo, ¿cómo has de creer al que viniese del infierno? Cumplióse esta profecía de Abraham en los judíos, á quienes no movieron los milagros de Moisés ni los muertos resucitados por Elías y Eliseo, ni Lázaro, á quien el mismo Cristo sacó del sepulcro, ni los difuntos que se aparecieron en la santa ciudad al tiempo de su pasion; y lo que es mas, ni la clarísima é indubitable resurreccion del mismo Cristo, ni las estupendas maravillas que en ella se obraron. Los malos cristianos se guardan muy bien de decir que no creen; pero se desentenden de las pruebas patentees con que es confirmada la verdad que condena sus vicios. Todo el misterio es que quisieran pecar sin el remordimiento que les hace amarga la culpa. El que ama la ley no busca pruebas de su equidad; el que en todo busca á Dios, fácilmente se fia de su palabra.

Bien se ve que los discursos de Abraham y el rico avariato, que el Señor intercaló en esta parábola, son una exposicion clara, recta y elocuente de los sentimientos y afectos interiores que tienen verdaderamente las almas de los santos y de los condenados, pero que

no se comunican los unos á los otros. La obligacion estrecha de los ricos de hacer limosna á los pobres, y de tomar sobre sus propias conveniencias, y aun sobre lo que ellos llaman voluntariamente gastos necesarios, así como el socorrerlos en sus verdaderas necesidades, son igualmente notorias, como asimismo el castigo del infierno inevitable que aguarda á los ricos duros y sin compasion; la realidad y la eternidad del fuego que quema las almas condenadas, y en fin, la bondad inmensa de Dios siempre pronta á premiar á los que en él creen y esperan, son otros tantos dogmas que Jesucristo repite á los fariseos con toda aseveracion, y sobre los cuales desafia su Majestad á que le muestren que en el Evangelio innova, exagera ó perjudica la ley; sobre todo, lo que dejan los incrédulos sin contestacion, prefiriendo un silencio vergonzoso á la confesion ingenua de su engaño y á la abjuracion de sus errores; y por consiguiente, el ser combatidos interiormente por sus vergonzosas pasiones antes que someterse al suavísimo yugo de la nueva fe y de la nueva ley que por el Salvador se les anunciaba.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, tú que eres el grande y sumo Padre de familias, tú que me llamaste en la primera hora de mi mañana para que trabajase en tu viña, tú que en mi juventud me buscaste misericordioso y me ofreciste largo premio, á fin de que me afanase con esmerada solicitud en el cultivo de mi alma, verdadera viña tuya, graba en mi pecho la doctrina que me has enseñado en la santa parábola de los obreros que á tu viña enviaste, para que temiendo siempre mi miseria y fiándome de tu misericordia, trabajando con preservancia en el negocio de mi eterna salud, merezca el galardón y premio de tus escogidos. Enséñame tambien la santa grangería de la caridad, que convierte en precio de la gloria eterna la escoria de los bienes temporales; y ya que he sido tan negligente en darte cuenta exacta de los grandes bienes de naturaleza y de gracia que me has confiado, haz que desde hoy en adelante asis-

ta de obra y con todo mi corazón á toda suerte de necesitados, aspirando por el ejercicio de la misericordia á poseerte á tí, oh Dios mio y mi sumo bien, cuya posesion es la verdadera riqueza y cuya privacion la mas triste y verdadera pobreza. Y por último, haz que cuanto antes procure la correccion de mi vida, caminando sin dilacion por el sendero de la penitencia; nõ permitas, Señor y Dios mio, que convierta en cebadero de mi vanidad y en mayor apego á la miseria del mundo, los bienes temporales que me concedes para socorro de la agena necesidad. Inspírame un santo horror á la pena eterna de los condenados, y mucho mayor al pecado que á ella conoce. Sé tú, oh Dios mio, mi norte, mi luz y mi guía, para que á tí solo oiga, á tí solo siga y á tí solo ame, y así eternamente en el cielo te posea y alabe. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al vigésimo de san Mateo, desde el versículo 1.º hasta el 16; y al capítulo XVI de san Lúcas, desde el versículo 1.º hasta el 12, y desde el 19 hasta el 31, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de san Mateo para el Evangelio de la misa de la Dominica de Septuagésima, desde el versículo 1.º hasta el 16.

Del texto de san Lúcas para el Evangelio de la Dominica octava después de Pentecostés, desde el versículo 1.º hasta el 9. Y del mismo texto para el Evangelio de la misa del jueves de la segunda semana de Cuaresma, desde el versículo 19 hasta el 31, todos inclusive; unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA DE SEPTUAGESIMA.

San Mateo, cap. XX, vs. 1 al 16.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Sembrante es el reino de los cielos á un padre de familias que salió al amanecer á alquilar jornaleros para su viña. Y habiéndose ajusta-

do con ellos en un denario por todo el día, los envió á su viña. Habiendo salido cerca de la hora de tercia, vió otros que estaban en la plaza ociosos y les dijo: Id también vosotros á mi viña y os daré lo que fuere justo. Y ellos fueron. Salió otra vez cerca de la hora sexta y nona é hizo lo mismo. Cerca de la undécima volvió á salir, y halló otros que estaban allí sin hacer nada, y les dijo: ¿Por qué estais aquí todo el día ociosos? Dijéronle: Porque nadie nos ha tomado á jornal. Dijoles: Id también vosotros á mi viña. Llegada la tarde, dijo el Señor de la viña á su procurador: Llama á los trabajadores y págalos el jornal, comenzando por los últimos hasta los primeros. Habiendo pues venido los que fueron cerca de la hora undécima, recibieron cada uno un denario. Y viniendo los primeros estaban creyendo que recibirían mas; pero no recibió cada uno sino un denario. Y al tomarle murmuraban contra el Padre de familias, diciendo: Estos últimos han trabajado una hora y los has igualado con nosotros, que hemos llevado el peso del día y del calor. Mas él respondiendo á uno de ellos dijo: Amigo, no te hago agravio: ¿no te ajustaste conmigo por un denario? Toma lo tuyo y vete, que á este último quiero darle lo mismo que á tí. ¿Por ventura, no me es lícito hacer lo que quiero? ¿Es malo tu ojo porque yo soy bueno? De esta suerte los últimos serán los primeros y los primeros últimos, porque muchos son los llamados, mas pocos los escogidos.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA OCTAVA DESPUES DE PENTECOSTES.

San Lucas, cap. XVI, vs. 1 al 9.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Había un hombre rico, el cual tenía un mayordomo, y este fué acusado ante él de haber disipado sus bienes. Llamóle él y le dijo: ¿Qué es esto que oigo de tí? Da cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás administrar mis bienes. Entonces el mayordomo dijo para sí: ¿Qué haré que mi señor me quite la mayordomía? Cavar no

puedo; mendigar, tengo vergüenza. Yo sé lo que haré, para que cuando fuere separado de la mayordomía me reciban en sus casas. Y llamando á cada uno de los deudores de su señor, dijo al primero: ¿Cuánto debes á mi señor? Y él dijo: Cien pellejos de aceite. Dijo él: Toma tu obligación, y sientate presto y escribe cincuenta. Después dijo á otro: ¿Y tú cuánto debes? Y él dijo: Cien medidas de trigo. Dijo él: Toma tu cédula y escribe ochenta. Y alabó el señor al mayordomo malo porque había obrado con prudencia; porque los hijos de este siglo son mas prudentes en sus negocios que los hijos de la luz. Por tanto os digo: Hacedos amigos con las riquezas de la maldad, para que cuando vengais á menos os reciban en las moradas eternas.

EVANGELIO DE LA MISA DEL JUEVES DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA.

San Lucas, cap. XVI, vs. 19 al 31.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino finísimo, y tenía cada día un espléndido banquete. Había también un mendigo llamado Lázaro echado á su puerta, lleno de llagas, deseando matar el hambre con las migajas que caían de la mesa del rico, y nadie se las daba; mas los perros se llegaban á él y lamían sus llagas. Sucedió pues que murió el mendigo y fué llevado por los ángeles al seno de Abraham, y murió también el rico y fué sepultado en el infierno. Y desde los tormentos en que estaba, levantando los ojos vió lejos á Abraham y á Lázaro en su seno. Y gritando dijo: Padre Abraham; apiádate de mí, y envía á Lázaro que se moje la punta del dedo en agua para refrescarme la lengua, porque soy atormentado en esta llama. Respondióle Abraham: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro no tuvo sino males; mas ahora es este consolado y tú atormentado. Y además de esto, entre vosotros y nosotros hay una gran sima, de suerte que los que quieren pasar de aquí á vosotros, no pueden, ni de allá pasar aquí. Dijo entonces el rico: Rué-

gote pues, padre, que le envíes á la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les advierta, no sea que vengan ellos tambien á este lugar de tormentos. Dijo le Abraham: A Moisés y á los profetas tienen, oíganlos; el entonces dijo: No, padre Abraham; mas si alguno de los nuestros fuere á ellos, harán penitencia. Mas Abraham le dijo: Si no oyen á Moisés y á los profetas, tampoco creerán, aun cuando resucitare alguno de los muertos.

CAPITULO XX.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

CAPITULO XV.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

Después de haber dado Jesús á los escribas y fariseos por medio de estas parábolas tan sublimes é instructivas los mas grandes y saludables documentos, partió con sus apóstoles y llegó cerca de Bethania, aldea distante de Jerusalem como quince estadios, que componen á lo mas una legua. No todos los expositores sacros son de esta opinion; algunos quieren que se encaminase antes hácia Jericó, y que después de haber curado al ciego que estaba sentado á orilla del camino, y después de haber resuelto la peticion de la madre del Zebedeo y cenado con Zaqueo, se encaminó á este lugar, desde donde partió para resucitar á Lázaro, pero que la noticia de su enfermedad la recibió á la distancia de seis ó siete horas de camino en las inmediaciones de Jericó. Sin entrar en esta averiguacion, porque tampoco entra en ella el gran Ludolfo de Sajonia, decimos con el Evangelio, que recibió Jesús la noticia de la enfermedad de su amigo por el nuncio que le mandaron las dos hermanas de